

BIBLIOTECA

Los Grandes Films

OR

La Novela Semanal Cinematográfica



Pasiones

POR
Rachel Boytryx
Léon Mathat

50 cts.



PASIONES

ESTADO LIBRE REFORMADO DE GUATEMALA
LA OFICINA NACIONAL DE CINE Y FOTOGRAFIA
CALLE DE LA PAZ, GUATEMALA, GUATEMALA

Pasiones

Prohibida la
reproducción
de este texto por
la censura

LA OFICINA NACIONAL DE CINE Y FOTOGRAFIA
CALLE DE LA PAZ, GUATEMALA, GUATEMALA



Pasiones

Argumento de la película

1

La mansión que en París tenía Pedro Langer, pintor en la cúspide de su talento y en la madurez de su vida, era como remanso de sus agitados días de bohemia.

El cariño de su madre y de Carlota, su esposa, contribuían a darle ánimos para seguir triunfando y considerando feliz y alegre la vida.

Pero en el amor de su compañera podía descubrirse un algo de cariño filial, de

afecto de hermana menor, pues Carlota era bastante más joven que él.

Terminada la comida leía el pintor, como de costumbre, la prensa. En ella se daba cuenta del enorme y definitivo éxito alcanzado en la exposición que a la sazón realizaba, dedicándole toda clase de elogios.

Acostumbrado a ello no concedió importancia a los halagadores comentarios, y siguió leyendo.

La llamó la atención el anuncio del estreno, en uno de los teatros de vanguardia, de una obra del nuevo y vibrante poeta Enrique Spifani, que interpretaría la eminente artista Bianca Banella.

Como sabía que este autor era el favorito de Carlota, le dijo:

— Esta noche iremos al estreno de un drama de tu autor predilecto. Ahora voy a mi exposición y desde allí enviaré por las localidades.

No ocultó Carlota su contento. El teatro moderno la entusiasmaba. Su alma joven y su cuerpo joven y hermoso anhelaban algo más que la paz inalterable y siempre di-

chosa de su hogar. Era aquella una inquietud muy propia de sus años que guardaba como un precioso secreto, pero que su es-



Terminada la comida leía el pintor...

poso con su experiencia de la vida, adivinaba.

Era realmente hermosa aquella mujer de cabellos oscuros, alta y modelada como una estatua, y piel que por su blancura

podía competir con la nieve o con el alabastro, lo que creaba un fuerte contraste con el color misteriosamente sombrío de sus pestañas y de sus ojos... ¡Sus ojos!... en ellos residía toda la vitalidad, toda la espiritualidad extraordinaria de aquella mujer... Pasaban por ellos, en un desfile continuo y perturbador, emociones diversas y enigmáticas que revelaban todas las inquietudes de su alma exquisitamente sensible y que no habían podido hallar expansión, pues era aún muy niña cuando se casó con Pedro.

No quiere esto decir, ni muchísimo menos, que no amara a su marido. Le amaba profundamente, con verdadero cariño de esposa. No sólo porque no había conocido otro hombre y no había amado a nadie más que a él, sino porque era tan bueno, tan noble, tan magnánimo, tan inteligente que nadie hubiera podido dejar de quererle.

Además, ella tenía otro motivo y muy poderoso para amarle, y era que él la amaba a ella con amor único y abnegado, con uno de esos amores tan altos y tan puros, que lo dan todo sin pedir nada.

Sin embargo, ni él podía evitar que en sus ojos hubiera un algo paternal cuando la miraba, ni ella podía dejar de sentir hacia él al mismo tiempo que el cariño de esposa, una muestra de cariño filial. Era inútil que se propusieran lo contrario. Frente a su voluntad se alzaba la diferencia de edades.

* * *

Enrique Spifani, el comediógrafo favorito de los públicos, el poeta de moda, salió del teatro con su *flirt*, que no era otro que la insuperable actriz Bianca Banella, también ídolo del público, después del ensayo general de su obra.

La actriz no era solamente célebre por su arte. Bianca era a más de gran artista una mujer extraordinariamente hermosa. Reunía a la armonía y a la estatuaria figura, la belleza indescriptible de su rostro aureolado por endrinos cabellos que hacían resaltar aun más la albura de su tez.

A Enrique, enamorado apasionadamente de ella, le torturaba la admiración de los demás, lo que daba motivo a frecuentes disgustos, atajados siempre por los mimos que ella sabía prodigarle.

Aquella tarde visitaron la exposición de Pedro Langer y como ella se prendara de



Bianca era, a más de una gran artista, una mujer extraordinariamente hermosa.

uno de los cuadros, Enrique lo adquirió sin reparar en su elevado precio. Después que-

riendo demostrar personalmente su admiración al artista, se les ocurrió ir a su casa a visitarle.

Nada de particular tenía que un gran escritor y una gran actriz se permitieran, aunque no habían sido invitados, ir al domicilio de un gran pintor, hermano en arte y en celebridad.

Carlota, gozosa por la promesa de su marido, revolvía en su cuarto trajes, picles y joyas para lucirlas aquella noche en el teatro, cuando llamaron a la puerta y hubo de suspender su grata tarea.

La doncella anunció:

—Estos señores desean saludar al señor.

Y entregó a Carlota dos tarjetas con el nombre de los visitantes.

Su sorpresa fué muy grande... Enrique Spifani y Bianca Banella... Precisamente los dos admirados artistas que absorbían su pensamiento en aquellos momentos...

Salió a recibirlos.

—Mi esposo no está. Ha ido a su exposición.

—Nuestro deseo—dijo Bianca—es solamente testimoniar a su marido nuestra ad-

miración y nuestros plácemes por sus actuales triunfos.

Mientras Bianca hablaba así, Enrique contemplaba los cuadros que adornaban la estancia. Le llamó la atención uno que había sobre la mesa. Pidiendo permiso a Carlota se acercó para verlo mejor y lo examinó con detenimiento.

—Es magnífico. ¿Tal vez el último que ha pintado?—interrogó.

—Sí—repuso Carlota—. Es un retrato de nuestra madre. Hemos de colocarlo en el hall.

Entonces tropezó la mirada de Spifani con un libro que había sobre la misma mesa y vió que se trataba de su última obra.

Como Carlota lo advirtiera, manifestó:

—También nosotros admiramos el talento de ustedes. Precisamente esta noche hemos determinado asistir al seguro éxito que obtendrán en el estreno sobre cuya calidad han anticipado los críticos sus informes.

En este momento irrumpió en la estancia Pedro, y, después de los saludos de rigor y de cambiar fervientes felicitaciones,

charlaron animadamente de asuntos diversos. Al despedirse dijo el escritor:

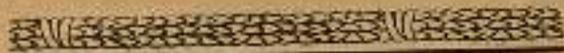
—Mientras estemos en París, pues dentro de unos días nos vamos a descansar a la Costa Azul, tienen ustedes a su disposición un palco.

—¡Qué casualidad! — exclamó Langer—. Nosotros salimos pasado mañana para la Costa Azul.

Y añadió:

—Voy en busca de otro colorido, de otra luz, necesarios para mi nueva obra. Por consiguiente tendremos sumo gusto en corresponder a ustedes con nuestra visita.

—Muy honrados—repuso Spifani.



La decisión de Pedro de marchar a la Costa Azul no era conocida por su esposa, porque tal determinación surgió en su mente al ver que algún cuadro no poseía el colorido que él deseaba.

Por eso cuando quedaron solos Carlota le preguntó acerca de la insospechada novedad.

—Sí, lo he decidido estar tarde, y como sabía que te agradaría, anhelaba el momento de comunicarte mis planes, pero la visita de nuestros nuevos amigos impidió que fueras la primera en conocerlos.

El proyecto del viaje entusiasmó a Carlota.

—Tú nos acompañarás, ¿verdad, mamá?
—dijo gozosamente dirigiéndose a su suegra.



—Tú nos acompañarás, ¿verdad, mamá?

—Yo, no, hija mía; es un viaje muy largo para mis años.

* * *

Bajo un sol meridional se alzaba la "villa" adquirida por Pedro y Carlota. Todo en ella era risueño y exquisito, lo primero debido al sol, a las flores y al puro ambiente, y lo segundo a Carlota, pues todos los detalles acusaban la intervención de su mano.

En todas las habitaciones había jarrones con flores colocados con arte, que esparcían sus aromas enervantes por las estancias saturándolas de un algo casi venenoso de tan embriagador.

El azar había dispuesto que aquella finca estuviera muy cerca de la que ocupaban la actriz y el poeta Enrique Spifani y en seguida pudieron ver Carlota y su esposo

que no reinaba en ella la paz de que ellos gozaban.

Aprovechando la permanencia de la actriz en aquella capital le fueron ofrecidas algunas actuaciones en el gran Casino y ella las aceptó a pesar del parecer contrario de Enrique. Los celos de él le hacían ver a un enemigo en cada admirador del arte de Bianca y esto bastaba para que ella, perversamente, se complaciera en torturarlo, caso muy frecuente en las mujeres cuya vanidad es su único sentimiento.

Con motivo del éxito alcanzado por la actriz en la primera representación, llovieron en la quinta los presentes.

Bianca, gozosa, recorría su habitación curioseando los regalos recibidos y enterándose por las tarjetas de los que se los hacían.

De un enorme y artístico cesto de flores que había en el centro de la estancia extrajo una cartulina con escudo de grandeza en la que se leía:

BARON DE ALBERTI
Con todo mi amor

En vez de dejar nuevamente la tarjeta sobre las flores, se la guardó en el bolso, y sentándose en su buró escribió rápidamente las siguientes líneas:

Querido Barón: Me han encantado sus flores... Pero sea usted prudente. Spifani me molesta sin cesar con sus celos, y cada día se muestra más violento.

No había hecho más que introducir la carta en el sobre y meterlo en el bolso, cuando apareció Enrique.

—¿Todos estos regalos son por tu éxito de anoche?—inquirió—. Debes estar muy contenta.

—Mucho, muy contenta. Los aplausos me enloquecen, te lo confieso.

Pues a mí me entristecen y me desesperan. Ya sabes por qué.

—¡Por Dios, Enrique! ¡Siempre esos locos celos! Yo siempre te quiero a ti y no hago caso a nadie. Bien lo sabes.

Pero Enrique no la creía, cada vez tenía menos fe en ella.

Fué examinando regalo por regalo, y, al

observar que el mejor, el gran cesto de flores, no tenía tarjeta, le extrañó.

—Y éste, ¿de quién es?

—No sé — contestó ella con naturalidad—. Ha venido así, sin tarjeta.

El sonrió sin disimular su cólera.

—¿Pretendes hacerme creer ese absurdo?

—Ya te he dicho que no traía tarjeta— insistió Bianca secamente.

—¡Sin duda me crees ciego o imbécil! Pero la ciega eres tú. De otro modo no confiarías en engañarme como a un niño... Sé que aquí ha habido una tarjeta, y sé algo más: sé que en ella te hablaban de un homenaje, no a tu arte sino a tu belleza.

—¡Siempre, siempre con tus celos! ¿Crees que éste es el momento más oportuno para buscar disoutas?... ¡Déjame! Tengo que vestirme.

Llamó a la doncella.

Spifani salió de la habitación, se dirigió al jardín. Necesitaba estar solo, necesitaba aire... Estaba loco... loco de celos y de rabia.

Cuando entró la doncella, Bianca se vistió para marchar al teatro.

Pero antes de salir dijo a la sierva:

—Esta noche cuando yo esté en escena, lleva esta carta al palco número doce... Entrégala en propia mano, y cuida de hacerlo cuando Spifani esté entre bastidores.

Se guardó la doncella la carta y salió a avisar al chofer. Partieron las dos en el auto. La artista no permitía que nadie substituyera a su doncella de confianza. Ella conocía sus gustos... y sus secretos.

III

En su camerino, recibía la actriz los últimos toques a su toilette, de manos de su doncella, cuando el traspunte le anunció:

—Preparada para escena.

Momentos después aparecía Bianca en el escenario y su presencia era acogida con una salva de aplausos.

Este fué el momento que aprovechó Spifani para dirigirse al camerino de la artista y buscar una prueba de su infidelidad.

Pero he aquí que halló la prueba antes de lo que esperaba.

Desde el pasillo que conducía al camerino de Bianca vió que su doncella salía

de él con una carta en la mano. Volvió atrás y se ocultó en la entrada del pasillo. Cuando la doncella pasó confiada le arrebató la carta de las manos.

La sirvienta se dió cuenta del conflicto. La señorita estaba en escena y no la podía avisar hasta que terminara el acto. Además, ¿qué conseguiría con avisarla?... La catástrofe ya no tenía remedio.

Enrique abrió la carta nerviosamente y al encontrar aquella prueba indudable de la infidelidad de Bianca fué tan fuerte su emoción, que a punto estuvo de caer desvanecido.

Anonadado, avanzó a lo largo del pasillo, entró en el camerino de Bianca y se dejó caer en un sillón.

La obra era corta, pero a él le pareció eterna. Los atronadores aplausos le dieron a entender que había llegado el terrible momento de enfrentarse con la infiel.

Efectivamente, al momento se abrió la puerta y entró la actriz seguida del empresario y de un grupo de admiradores que la felicitaban.

Cuando quedaron solos, Bianca, que ya

había sido avisada por la doncella, aparentó tranquilidad, cuando Enrique le dijo mostrándole la carta:



... y de un grupo de admiradores que la felicitaban.

—¿Te atreverías a seguir negando?

Pero Enrique no se conformó con eso. Estrujó la carta e increpó a la actriz tan duramente, que ésta concluyó por sentirse

contagiada de su desesperación y replicó en el mismo tono lleno de dureza:



... e increpó a la actriz tan duramente...

—¡No niego que sea verdad! Sí, es verdad, ¡verdad! Estoy hastiada de tus locos

celos, de tus escenas... de ti... ¡sobre todo de ti!... ¡Déjame en paz! ¡déjame de una vez y para siempre! Para dramas ya tengo bastante con los que representó...

Estas palabras acabaron de poner fuera de sí a Enrique y Dios sabe en qué habría parado aquello si, de súbito, no llegara un nuevo grupo de admiradores que movió a Spifani a guardar las formas.

Apretones de manos, saludos, palabras convencionales... Pero el espíritu del poeta estaba muy lejos de su obra y de su éxito... estaba entregado plenamente a la angustia y a la desesperación de ver hundido lo que había sido durante tanto tiempo estímulo e inspiración.

Se retiró a un rincón y desde allí se dedicó a observar a los visitantes uno a uno... ¿Cuál de ellos sería? Todos le daban motivos para sospechar de ellos... todos porque para todos tenía Bianca sonrisas incitadoras y frases tan amables que podían traducirse casi por ofertas.

De pronto entraron Carlota y su esposo, sus buenos amigos desde que se volvieran a reunir en la Costa Azul, sus mejores ami-

gos desde entonces. Se habían visitado y en seguida se estableció entre ellos una corriente de simpatía. Era imposible tratar con personas como Carlota y Pedro sin estimarles.

Enrique se acogió a ellos como el niño al regazo maternal.

—¡Qué placer poder estrechar la mano de un hombre del que no se duda!

—¿Qué le sucede a usted, amigo mío? No comprendo su mal humor en estos momentos de triunfo para usted. Su obra ha tenido el éxito más grande de la temporada.

—Si ese éxito sólo ha servido para traerme el dolor por que ahora estoy pasando, ¡maldito sea! ¡Hubiera preferido hundirme para siempre, volver al anónimo, a sufrir como sufro!

Hablaba extraviadamente, como delirando. Sus ojos echaban lumbre. Algo febril le hacía temblar de pies a cabeza.

Pedro, temiendo ser indiscreto, nada preguntó, aunque todo lo suponía. Aquella Bianca llevaba escrito en el rostro lo que era. Comenzaron a desfilar los visitantes y

Pedro y Carlota se creyeron en el caso de hacerlo también después de saludar y felicitar a la artista y al autor.

Al quedar a solas con Enrique, dió Bianca la siguiente orden a la doncella:

—Ahora no dejes entrar a nadie. Quiero estar sola, completamente sola.

Enrique comprendió la alusión, pero no se movió de donde estaba. Por nada del mundo se marcharía ahora que había visto los desnudos hombros de la actriz al desabrocharse ésta la parte superior del vestido.

Estaba seguro de que lo había hecho intencionadamente, para hacerle sufrir más de lo que estaba sufriendo, estaba convencido de ello, pero no por eso supo sobreponerse a la fascinación que emanaba de aquellos hombros blancos y redondos. No, no le importaría humillarse con tal de no perderla.

—¿Has oído lo que acabo de decir a mi doncella?—le preguntó ella francamente.

Y con la misma franqueza contestó él:

—Sí, lo he oído, pero no puedo marcharme, no puedo separarme de tí...

Se acercó a ella implorante, con las manos temblorosas.

—¡Bianca! ¡Bianca!... ¡Dime que todo es mentira... que me he equivocado... que todo ha sido producto de mis celos!... ¡Miente, Bianca, miente como siempre has mentido! ¡Estoy loco, estoy loco!

Tuvo que esperar ella a que se serenase, pero estaba dispuesta a no transigir esta vez. No era cosa de perder a su nuevo adorador por un estúpido rasgo de sentimentalismo. Y tan decidida estaba, que Enrique salió poco después de aquel camerino para no volver a pisarlo más mientras perteneciera a Bianca.

Grande era su locura, pero mayores fueron los recursos de la artista para despertar su amor propio y su dignidad.

IV

A raíz de su nueva conquista, Bianca tuvo nuevos contratos y se ausentó de la Costa Azul para entregarse libremente a sus nuevos amores.

Enrique quedó solo, amargado, abatido por lo que él consideraba la mayor desgracia de su vida.

Había sido como un castigo de Dios. Lo que él había hecho sufrir a tantas otras le había hecho sufrir a él aquella mujer que fatalmente se había cruzado en su vida.

Únicamente la amistad de Pedro y de Carlota pudo consolarle. Frecuentemente iban a verle sus buenos amigos y con la misma frecuencia les devolvía él las visitas.

Poco a poco, la grata amistad de los vecinos fué realizando el milagro de hacerle olvidar aquel amor, que pronto el poeta pudo calificar de obsesión como él llamaba en sus comedias a las pasiones demasiado vehementes.

Y le parecía mentira no haberlo sabido ver antes, ya que tan claramente lo veía en los personajes de sus obras. Pero también pensó en que así como los personajes de sus obra no podían darse cuenta de su perturbación, de su anormalidad sentimental, tampoco él, lógicamente, podía ver claro lo que tan diáfananamente habrían estado viendo los demás.

Poco a poco, Enrique fué hallando un singular atractivo, más fuerte que la amistad, en las visitas a casa de sus amigos. La compañía de Carlota era deliciosa. Carlota no tenía el brillo de la celebridad, que para él constituía uno de los principales atractivos, pero poseía otros encantos mucho más fuertes, cuando menos de momento.

Era una mujer apasionada como no había visto ninguna otra. Sus ojos relampagueaban al hablar de las cosas que le in-

terecaban y dos o tres veces que él había leído nuevos versos en presencia de ella, la vió jadear de emoción.

A raíz de estos hechos, comenzó el autor a hacer deducciones y cayó en la cuenta de que Pedro casi doblaba en edad a Carlota y, adentrándose más en la cuestión, convino en que Carlota, tan sensible, estaría necesitada de un amor menos dulce y quieto, menos manso y monótono que el que tenía y el cual, más que amor debía llamarse estimación.

El espíritu del donjuán surgió casi inconscientemente como consecuencia de estas reflexiones y el conquistador substituyó al amigo cuando Enrique se dirigía a casa de Pedro.

Buscaba la ocasión de quedarse a solas con ella y lo conseguía frecuentemente, dado el carácter bondadoso y confiado del pintor.

En cuanto a Carlota, se iba operando en ella un secreto movimiento favorable a los planes de Enrique. Sin que ella misma se diera exacta cuenta de su caída, fué cayen-

do, cayendo, empujada por su espíritu sediento de emociones.

Cuando comprendió el peligro en que se hallaba ya era éste inevitable. Había soñado mucho tiempo en los versos del poeta, ahora soñaba en él y una sublime embriaguez la poseía cuando escuchaba de sus propios labios sus divinos versos.

Cada vez estrechaba más el cerco el seductor y cada vez se sentía Carlota más dominada y más locamente feliz al comprobarlo.

* * *

Enrique dió una fiesta en su quinta, la primera después de su ruptura con Bianca.



Cada vez estrechaba más el cerco el seductor.

No faltaron Carlota ni su marido. ¿Cómo podrían faltar si ellos fueron los pri-

meros que conocieron sus intenciones y le animaron a celebrar aquella velada?

Desde un principio Pedro advirtió algo que nunca había podido advertir porque era aquella la primera vez que veía a Enrique y a su esposa embriagados por el ardor de la fiesta y por los licores.

Entonces cometieron imprudencias que no habían cometido nunca e incluso llegaron a ausentarse del salón, permaneciendo fuera de él durante toda la segunda mitad de la velada.

Unas murmuraciones, unas palabras humillantes para él y para su esposa cazadas al vuelo le determinaron a hacer lo que por nada del mundo habría hecho jamás: espiar a Carlota.

Seguro de que estaban en el jardín, salió a él y avanzó protegido por la sombra de las alamedas.

No tardó en oír un bisbiseco acusador. Convenientemente oculto, descubrió a su esposa y a Enrique en un rincón, entre las frondas. El estaba en pie y ella sentada. Se miraban de un modo inconfundible, en

los ojos de ambos había huellas de su pecadora pasión.



... descubrió a su esposa y a Enrique en un rincón.

Quiso, no obstante, obtener una prueba más definitiva y esperó hasta verles cogerse

las manos, atraerse el uno hacia el otro y fundirse en un beso.

Por un momento permaneció Pedro asido al tronco del árbol en que permanecía oculto, sin fuerzas para dar un paso y apenas para mantenerse en pie.

Le parecía que acababa de perder el corazón, tal era la sensación de vacío que experimentaba.

No pensó un momento en interrumpirles. Aquellas escenas eran contrarias a su carácter. El obraría como debía obrar sin que nada ni nadie lograran desviarle de sus propósitos, pero sin ruidos ni aspavientos, sin escándalos con los que no conseguiría más que aumentar su deshonor y el de Carlota.

Volvió sobre sus pasos y entró en el salón. Profundo era su dolor, pero aun era más fuerte su voluntad de disimularlo.

Poco después apareció Carlota. El se acercó a ella y le dijo simplemente:

—Mañana nos marcharemos a París. Vamos inmediatamente a preparar las cosas.

* * *

¿Hasta dónde llegaría su locura?
Ya había obtenido el perdón del esposo.



—¿Qué ibas a hacer, criatura!

ya había palpado el peligro y la vergüenza
y aun siguió pensando en Enrique con las
mismas ansias perturbadoras.

V

Se fueron sin despedirse del dueño de la casa.

Pedro supo disimular hasta el fin, pero cundieron las murmuraciones al verles marchar sin despedirse de Enrique y más aún, al ver la palidez que ponía una a modo de mascarilla de cera en el rostro de Carlota.

Sólo cuando llegaron a casa, sólo cuando no había testigos que pudieran hacerle temer el aumento de su ridículo, Pedro, el esposo paternal, el esposo bueno y noble, dijo a Carlota con infinita angustia:

—¿Qué ibas a hacer, criatura, qué ibas a hacer!

Tanto fué así que aprovechando un momento en que creía a Pedro ausente, salió de la casa para dirigirse a la del poeta.

Pero Pedro no estaba ausente. Se hallaba en el jardín oculto, esperando obtener la certeza de que Carlota había vuelto en sí de su locura o de que nada habían logrado sus buenos deseos, sus deseos paternos.

La vió salir y la siguió.

La vió entrar en casa de Enrique Spifani.

* * *

—Vengo a decirle adiós. Mi marido quiere que regresemos a París hoy mismo.

Al ver que se le escapaba la presa precisamente cuando por estar a punto de hacerla suya más profundos eran sus inóhiles anhelos, aumentó el apetito de Enrique hasta la voracidad, hasta la locura.

—No puedes marcharte, Carlota — dijo con tono rezumante de pasión y acercando al rostro de ella sus labios—. Nada nos debe separar. Por primera vez ha llamado el amor a las puertas de tu corazón, Aun eres joven, aun estás a tiempo de gozar de lo que todos tenemos derecho a poseer en la vida...

Más que sus certeras palabras era el calor de su aliento y el contacto de sus brazos jóvenes y temblorosos de pasión lo que conmovía a Carlota.

Se debatió desesperadamente.

—No puede ser, Enrique, no puede ser. Es la vida. Hay que resignarse.

—No seas cobarde, Carlota. Si es verdad que me amas, si no has jugado conmigo, quédate. Ten confianza en mi amor y confía también en el tuyo.

Fue acercando más los labios hasta encontrar los suyos y la besó una y otra vez, cada vez más apasionadamente, cada vez más largamente.

Y entre los besos se oyeron palabras trémulas:

—¡Carlota!... ¡Mi Carlota!

—¡Te amo, Enrique, te amo!...

—¡Mía!

—¡Sí, mi amor, sí, sólo tuya!

Un campanillazo les sacó del éxtasis volviéndoles bruscamente a la realidad.

Aturdida por aquello que parecía una enfermedad contra la que toda lucha era inútil, Carlota se dejó caer en una butaca y

desde allí oyó cómo Enrique abría la puerta y cómo se entablaba entre él y su mari-



—*Sé que Carlota está aquí.*

do el siguiente diálogo:

—Sé que Carlota está aquí.

—En efecto, está, pero ha venido por su

voluntad, porque ese ha sido su deseo.

Una pausa.

—Está bien. Si esa es su voluntad... o su locura, que se quede... Pero óigame bien, Enrique Spifani. Carlota quedá bajo su única protección. Es una desdichada criatura a quien ha logrado usted enloquecer. Su responsabilidad es tremenda. ¡Ay de usted como falte a sus elementales deberes de caballero!

* * *

Inmediatamente regresó a París y pidió el divorcio.

Para olvidar, cosa que le sería difícil, pues un amor como el suyo es de los que acompañan al corazón hasta que deja de latir, se entregó de lleno a su arte.

Carlota y Enrique vivieron unos días en plena embriaguez. Jamás había tenido el donjuán una presa tan hermosa y jamás había sentido Carlota nada tan fuerte, tan extraordinario, tan deliciosamente perturbador.

Y fueron pasando los días.

Crecía el fuego en el alma de Carlota y se apagaba la llama en el corazón de Enri-

que... Lo de siempre... La mujer es más adepta después de la completa comunión como si con ella hubiera adquirido ligaduras indisolubles: el hombre no siente sino hastío.

Pero Carlota, tan ciega estaba, que no supo ver este desvío.

Comenzó él a salir con fútiles pretextos, comenzó a excusarse cuando ella demostraba interés por hacer una de aquellas excursiones marinas que tan dichosos hicieron los primeros días de su libertad...

Pero Carlota no comprendía. Estaba ciega...

Un día se abrieron las ventanas de la villa vecina y llegaron a ella camiones cargados de muebles. Comenzó a oírse tocar todas las noches un piano.

Desde entonces las salidas de Enrique fueron diarias y cada vez tardaba más en regresar por las noches. Pero Carlota nada sospechaba. Estaba ciega...

Uno de aquellos días en que Enrique faltó a la cena, se le ocurrió salir al jardín para distraer el tedio y como en sus paseos se acercara a la villa vecina oyó sonar el

piano con extraordinaria limpieza. Era Chopin el que se lamentaba desde las ocultas cuerdas... Chopin, el enfermo sublime...

Con un extraño deseo de llorar, no sabía si por su soledad o por aquella música enternecedora, se acercó a la verja para oír mejor e incluso pudo ver la habitación iluminada donde se producía el bello lamento del piano.

Y pudo ver el piano y a la pianista.

Esto último retuvo su atención hasta el punto de que la distrajo de todo lo demás.

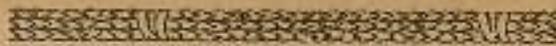
¿No era Blanca aquella mujer? ¿No era la actriz que había sido la amante de Enrique? ¿No era la mujer por quien Enrique, loco de amor, había llegado a todas las humillaciones?

Y no había concluido de hacerse estas preguntas cuando obtuvo la respuesta... una respuesta inesperada y brutalmente dolorosa... Enrique se había acercado al piano y el nocturno fué interrumpido por un beso.

Se cogió a los hierros de la verja para no caer.

Después, con el cerebro vacío de ideas

y con el alma huérfana de sentimientos, anonadada, como un autómata, volvió a la casa y se sumió en la penumbra de su gabinete...



VI

Sólo entonces comenzó a darse cuenta Carlota de la locura que había cometido dejándose arrastrar por su loca pasión, pasión que, como todas las de esta especie, tienen más de capricho que de amor verdadero.

Entonces conoció el verdadero sufrimiento.

Aquel hombre le negaba lo único que ella necesitaba de él. A un hombre al que se ama de veras, con amor puro y completo, la mujer llega a perdonarlo todo, incluso los pequeños desvíos pasionales porque

ve en él atractivos superiores a sus caricias. Ve todo eso que forma un amor de lazos indisolubles; ve algo que es como una atracción filial y paternal al mismo tiempo, de hermano y de novio a la vez; ve algo propio, algo que es como una prolongación de su mismo ser, porque la comunión completa de las almas ha originado la comunión completa de los cuerpos. No le importa que sea feo o guapo, ni que tenga mala o buena figura. Es él, y eso le basta para quererlo por encima de todo.

Estos amores pueden tener crisis que parecen definitivas y que originan la separación de los dos sujetos. Pero vuelven siempre a surgir con la fuerza de la verdad, pasada la perturbación espiritual que ha originado la ruptura. Son amores que sólo la muerte puede cortar.

El lazo sentimental que la unía a Enrique era muy distinto, tanto que podía considerarse como su antítesis. Sólo una cosa podía pedirle a aquel amor y era caricias y más caricias, falsas como toda embriaguez, pero como toda embriaguez deliriosas. Para que se mantuviera aquella

pasión con todo el deslumbramiento de su principio, era necesario que Enrique se presentara siempre a sus ojos brillante, gentil, guapo, rendido, en perpetuo ensueño y en continua comedia, pronunciando a sus oídos dulces palabras y adormeciéndola con sus besos.

Si le quitaban todo eso a aquel amor no quedaba nada, quedaba un gran vacío, una desolada cueva fría y llena de penumbras. Era un amor—lo comprendía—un poco vil, como todo lo que se deriva demasiado directamente de la materia y de la carne.

Sin embargo, a pesar de verlo, a pesar de advertir su ruindad, hubiera deseado que todo continuara como antes de aquella noche. La locura persistía. Estaba envenenada aún por los besos pecaminosos y perturbadores del hombre que, si bien no supo enamorarla, supo fascinarla.

En un momento de mayor clarividencia hubiera visto que su alma ganaba mucho con el alejamiento de aquel hombre que no había hecho otra cosa que mancillarla

y ella habría sido la primera en despreciarle.

Pero no le despreciaba, no; le odiaba con el odio de la amante enloquecida que tanto se parece al amor, y habría vuelto a sus brazos, aun ahora que conocía la vileza de su pasión, de estar segura que sus besos habían de continuar siendo sólo para ella.

Sentía como una sed abrasadora, a la que se unía la sensación desesperante de que no podría calmarla jamás.

No supo el tiempo que estuvo entregada a su loca desesperación en la sombra de su gabinete. Lo cierto fué que, de pronto, oyó los pasos de Enrique.

Se irguió repentinamente. Trémula y con los ojos llameantes, se fué a su encuentro. La ira apenas le dejó formular la siguiente frase:

—Lamento mucho haber estado ciega tanto tiempo. Así he podido ser en tus vilísimas manos una simple aventurera, un capricho, un juguete...

El disculpó un gesto de contrariedad que podía traducirse por las siguientes pala-

bras: "¡Bah, ya comenzaron las escenas!", y fué a formular una de sus disculpas, propias de quien no tiene gran interés en disculparse. Pero ella le detuvo:

—¡No te acerques! ¡No hables! ¡No me humilles más aun considerándome capaz de aceptar tus triviales explicaciones! Te detesto profundamente y no permaneceré un instante más a tu lado.

Sin darle tiempo a detenerla, cosa que, por otra parte, tampoco trató él de hacer, salió al jardín y de allí pasó a la carretera.

No se dió cuenta de que llovía hasta que hubo recorrido un par de metros y el agua filtrándose por sus finas ropas, le llegó a la carne. Pero no se detuvo. Continuó y continuó aquella marcha que era como una fuga de pesadilla.

Por muy grande que fuera la distancia que la separara del malvado, siempre le parecería corta.

Un frío intenso comenzó a imponerse al ardor febril de la indignación, cuando la reacción sobrevino y cuando el agua de

la lluvia la saturaba de tal modo que parecía filtrarse a través de su piel.

Pero fue más fuerte su deseo de alejarse del hombre detestado y de aquella finca vecina, donde habitaba la mujer que le había traído la desgracia entre las tupidas mallas de su capricho y de su perversidad.

¿Fue intencionado el hecho de que Bianca fuera de pronto a habitar la villa vecina? ¿Fue que su volubilidad volvió a llevarla a él, ahora que tenía el doble atractivo de pertenecer a otra? ¿Habría sido todo casual renovándose el dormido amor a consecuencia del primer encuentro? Nada de esto le importaba. Lo cierto era que Enrique continuaba amando a la única mujer que, en su larga carrera de conquistas, había logrado dominarle, y que ella había recibido la más grande humillación de su vida.

Y andaba, andaba a lo largo de la carretera con deseos de continuar andando mientras quedara un palmo de camino.

Arreció la lluvia y arreció la fatiga. Frecuentes calofríos la sacudían violentamente. El corazón, que momentos antes re-

sonaba en su pecho como el galopar de un corcel, parecía haber dejado de latir.

Cayó una vez y se levantó. A los veinte pasos volvió a caer y volvió a levantarse. Pero la tercera caída la dejó exánime en medio del camino. Había perdido la noción de las cosas. Fue como si el frío del agua y de la noche se hubieran filtrado en su cerebro.

* * *

Cuando volvió en sí se encontró en una habitación desconocida y en un lecho desconocido también. En seguida advirtió que se trataba de la estancia de un hospital y recordó todo lo ocurrido la noche antes.

Una singular clarividencia la asistía. Estaba segura de que iba a morir y veía las cosas como de un plano superior, donde una luz celeste y gloriosa se proyectaba sobre todo.

Experimentó un extraño alivio al pensar en Pedro, en su verdadero esposo y casi lloró de emoción al comprender que le seguía amando y que, en el fondo, no había dejado nunca de amarle.

Ahora que iba a morir veía, al lado de la trivialidad de sus relaciones con el infame que la había perdido, la verdad y

la solidez de su amor hacia el esposo que Dios le había dado.

No pretendía merecer el perdón de Pedro, pero se complacía en sentirse lo bastante buena para haberle querido por encima de todas las locuras y de todas las fascinaciones, como le demostraba aquel resplandor que le permitía verlo todo como era.

Entró una monja. Murmuró unas palabras dulces, pero Carlota apenas le prestó atención, pues estaba pendiente de un pensamiento, de un propósito.

—Hermana—dijo—. Mi esposo es Pedro Langer, el pintor. Vive en París. ¿Quiere usted escribirle comunicándole mi desgracia?

La hermana accedió por su parte, si el director le daba permiso...

Le concedió el permiso el director al saber de quien se trataba y se le puso un telegrama.

Antes de que expirara el día entró Pedro en el cuarto de la agonizante. Carlota tuvo el tiempo justo para decirle:

—¡Pedro, Pedro mío, perdón!...

Había cogido Pedro la blanca mano que se tendía hacia él imploradoramente y notó como se enfriaba entre las suyas al mis-



... y lloró con la cabeza abatida sobre el lecho...

mo tiempo que los ojos de Carlota, de su Carlota, se cerraban para siempre.

Y Pedro cayó de rodillas y lloró con la cabeza abatida sobre el lecho y sin soltar la mano de la amada muerta.

Las indagaciones que hizo en el mismo hospital le intuyeron lo que había ocurrido. Carlota había sido hallada en medio de la carretera, fría y exámine. Horas enteras debió de permanecer así, pues cuando ingresó en el hospital su estado era ya muy grave.

No deducía en detalle lo ocurrido, pero estaba cierto de una cosa, de que Enrique Spifani la había abandonado.

Era de noche cuando salió del hospital y se dirigió a casa del poeta. Preguntó y el jardinero le dijo:

—Está en la villa de Bianca Banella, que es la casa vecina.

—

A fuerza de preguntas y de dinero obtuvo una información detallada.

Enrique Spifani estaba celebrando con una fiesta su reconciliación con Bianca.

Pasó Pedro a la villa de al lado.

La verja estaba abierta y pudo entrar sin que nadie le molestara. Por los rincones del jardín vió parejas abrazadas, lo que demostraba qué clase de fiesta era aquélla.

Mucho ruido, mucha luz vió al entrar al salón.

Todos tenían el paso vacilante y el ruido de botellas era continuo.

Columbró a Enrique entre la multitud y se dirigió a él.

Enrique no pareció sorprenderse mucho. El alcohol hace milagros.

—Deseo hablar a solas con usted—dijo Pedro imperativamente.

Pasaron a un cuarto inmediato al salón.

—¿Qué ha hecho usted a Carlota?

—No sé. Se ha ido... Pero se ha ido como vino: por su propia voluntad.

—¿Es usted un miserable!

—Perdón, amigo mío; he de atender a mis invitados.

Su cinismo donjuanesco puso fuera de sí a Langer, tanto que no tuvo paciencia para esperar el momento del duelo y se abalanzó sobre él y le asió la garganta.

Apretó y apretó, hasta que el villano dejó de defenderse.

Cuando se cercioró de que estaba muerto fué a entregarse a la policía.

FIN

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

BARCELONA: Barbrá, 16; MADRID: Caños, 1

Ediciones Especiales de
La Novela Semanal Cinematográfica
¡Lo mejor del cine!

Últimos éxitos:

Estrellas dichosas
Esto es el cielo
La senda del 98
Espejismos
Evangelina

HOY:

Orquídeas salvajes

por Greta Garbo y Nils Asther

Precio: 1 peseta

FORMIDABLE ÉXITO

La Novela Eva

Números publicados:

1. La rubia del taxímetro
por Domingo de Puenmayor
2. La manicura que no sabía
decir que no
por Lili
3. Santa Madrona
(aguarda de los barrios bajos barceloneses)
por José Reygadas
4. Impresión... eléctrica
por Lina
5. Encarna, la enigmática
por Dora
6. Casada... y como si nada
por Don Nadia
7. Cuatro maridos
por Tony
8. El caso de Clarita
por Lina

Mañana:

Lasola es un "as"

por Don Lolo

Ilustraciones en el texto

Precio: 30 céntimos

La Novela para Todos

Números publicados:

1. Mary la buena, Mary la mala
por Manuel Reinhelm Solomayor
2. La que no pudo ser mala
por Sara Insúa
3. La estrella de los montes
por R. Merchán Vargas
4. Ella, Él y el Perro
por Jorge Clary
5. Alicia, la divina amante
por L. Linares Lorca

Acaba de aparecer:

UNA MUJER EXTRAÑA

por Mariano San Hidelonso

Colaboración selecta

Precio: 30 céntimos

¡Otro éxito!

La novela Sentimental

Precio: 30 céntimos

E. B.